

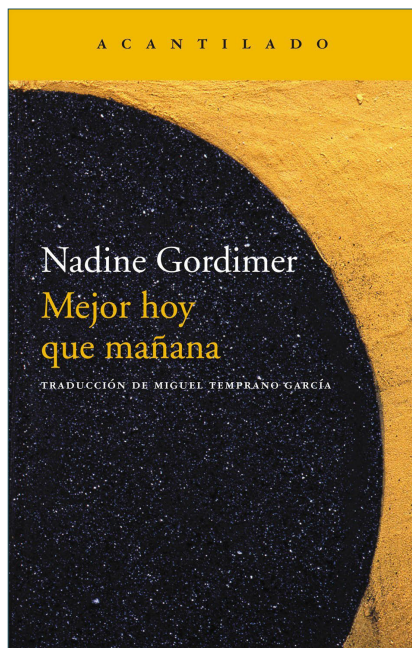
LIBURUTEGIA  
TERTULIAK  
EN CASTELLANO 2021



# Nadine Gordimer

DOSSIER

## *Mejor hoy que mañana*



## TERTULIA

2021/03/11-18

18:30 - 20:00

Amaia García  
dinamizatzailea

# Biografía y Premios



Nació el 20 de noviembre de 1923 en Springs, provincia de Gauteng, una población minera cerca de Johannesburgo, y falleció el 13 de julio de 2014 en Johannesburgo. Sus padres eran inmigrantes judíos de clase media. Su padre era un relojero de Lituania, proveniente de un lugar cercano a la frontera letona y su madre procedía de Londres. Empezó a escribir relatos a la temprana edad de nueve años y ya con quince publicó el primero de ellos en la revista "Forum". Con veinticinco años se trasladó a Johannesburgo, donde fijó su residencia definitiva. Nunca destacó como estudiante y aunque ingresó en la prestigiosa Universidad de Witwatersrand, no llegó a finalizar sus estudios.

Se decantó en un principio por las historias cortas, publicando en 1949 su primer libro en esta línea titulado 'Face to Face'; en ese mismo año contrajo matrimonio por primera vez. En 1953 escribió 'The Soft Voice of the Serpent', siguiendo en el estilo de la short story. Ya en estos escritos empezó a abordar el tema social de Sudáfrica, con la enajenación de los comportamientos humanos y la segregación racial como telón de fondo.

Hasta 1953 no vendría su primera novela, 'The Lying Days', en la que ya quedaría plasmada su característica técnica narrativa marcada por una línea sobria, sin sentimentalismos, aunque con una gran preocupación por la degeneración humana que la rodeaba. En 1954 se casó en segundas nupcias con Reinhold Cassirer, con quien tuvo un hijo. En los años posteriores continuó escribiendo tanto novelas como relatos cortos: 'Six Feet of the Country' (1956), 'A World of Strangers' (1958), 'Friday's Footprint' (1960), 'Occasion for Loving' (1963), 'Not for Publication' (1965), 'The Late Burgeois World' (1966) 'A Guest of Honour' (1970), 'Livingstone's Companions' (1971), 'The Conservationist' (1974), 'Selected Stories' (1975) y 'Burger's Daughter' (1979). Durante estos años compaginó su actividad literaria con conferencias en universidades de Europa y América.

En los años ochenta publicaría algunas de sus obras más importantes: 'A Soldier's Embrace' (1980), 'July's People' (1981), 'Something Out There' (1984), 'A Sport of Nature' (1987), 'My Son's Story' (1990).

En 1991, año en el que se le concedió el Premio Nobel de Literatura, publicó 'Jump and Other Stories', continuando con su característica perfección formal, sin utilizar elementos superfluos.

Ha recibido gran cantidad de premios y distinciones, como quince doctorados honoris causa (por las universidades de Yale, Harvard, Columbia, Cambridge, Leuven en Bélgica, Ciudad del Cabo y Witwatersrand entre otras).



## Nadine Gordimer habla de la decepción sudafricana

Marta Rodríguez / Johannesburgo 21 SEP 2013

Una casa de Parktown West, un suburbio de clase media-alta de blancos, a pocos kilómetros del ruidoso centro de Johannesburgo. Cruje el suelo de madera en el piso de arriba mientras un mayordomo vestido de calle coloca cuidadosamente un teléfono inalámbrico y una campanilla dorada encima de una mesa de café. Pasan pocos minutos de las 15.30, la hora de la cita, cuando aparece una mujer menuda que anda lentamente con la ayuda de un bastón, saluda amablemente y se sienta en una silla de madera en una habitación llena de libros, bustos de escritores y flores.

Lleva pantalones anchos grises y un jersey rojo que le queda también holgado. Es Nadine Gordimer, escritora sudafricana con 15 novelas y una docena más de relatos cortos. Galardonada y reconocida en todo el mundo, obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1991, “un año donde todo el mundo era optimista”. En su currículum es imposible obviar su activismo contra el apartheid y su compromiso “por devolver la dignidad a la población negra sudafricana”.

“Soy vieja, puede que con espíritu fuerte, pero carnes débiles. Mejor que hablemos de otra cosa”, dispara cuando se le pregunta cómo se encuentra. Gordimer tiene carácter seco y frena toda pregunta que entienda como “cuestiones personales”, educadamente, eso sí. “No hablo de la muerte como tampoco de mi vida amorosa. Todo lo que el lector debe conocer sobre mí está en mis libros”, se justifica. Así que escribir sus memorias “de blablablá” no está entre sus planes.

Publica en castellano su última novela, Mejor hoy que mañana (Acantilado), otra historia que es carba y radiografía el país de Nelson Mandela, figura “muy querida” para esta mujer que el

# Entrevista

próximo 20 de noviembre cumple 90 años. A pesar de estar de promoción, a la que puede muestra su “decepción” por la realidad del país.

En la entrevista no coge las gafas que tiene sobre la mesa y responde mirando a los ojos, sin prestar atención al fotógrafo que no para de buscar encuadres diferentes y a quien ha advertido que no le gusta que le hagan fotos mientras conversa. Si no fuera porque lo suyo es la ficción, Gordimer podría ser considerada como la notaria o cronista sudafricana porque su obra está amarrada de los problemas, miedos, deseos, retos del país. “No he sido nunca una escritora política, pero la política está en mis huesos, mi sangre, mi cuerpo”, apunta, por lo que se entiende ese empecinamiento en que sus personajes respiren y sufran por los momentos políticos del país.

Su última obra arranca en la Sudáfrica democrática, con unos líderes políticos entregados a la corrupción, que han defraudado y traicionado la vieja causa, en la que ella misma militó. El apartheid le prohibió tres libros (Mundo de extraño, La hija de Burger y La gente de July), pero Gordimer “nunca” pensó en el exilio, aunque pasó largas temporadas en el extranjero.

En medio de esta Sudáfrica libre, Steve y Jabu, un matrimonio formado por un químico blanco y una abogada negra, se mantiene en la lucha, pero de manera distinta a sus tiempos en la clandestinidad. Con el régimen supremacista blanco, ambos eran fugitivos que sabían lo que querían y quién era el enemigo, pero una vez se ha acabado con la institucionalización del racismo “les pesan sus pasados diferentes”. Uno reniega de su blanca familia, a pesar de que aceptan su relación con Jabu, mientras que ella se acerca aún más a su padre, un pastor anglicano que tras haberle abierto las puertas a una buena educación le reclama tradición.

En qué barrio vivir, cuántos hijos tener, emigrar o quedarse son “tensiones que desestabilizan a la pareja”, relata la autora, pero a diferencia de muchos camaradas ambos logran mantener integridad moral e ideales. “Yo no estoy en ninguno de mis libros, no me busquen en ningún personaje”, afirma.

Niega Gordimer que esos luchadores, con Mandela a la cabeza, pecaran de “ingenuidad” en los noventa. “Estábamos totalmente concentrados en devolver la dignidad a los negros, en los derechos humanos, en acabar con las leyes del apartheid y en evitar una guerra civil. Sabíamos lo que hacíamos, pero no vimos qué iba a ocurrir”, aclara. Lo que ha pasado en estos 20 años es que a pesar de la democratización y del “triumfo de la pequeña clase media negra”, Sudáfrica presenta “una impresentable brecha social”. En su punto de mira, el presidente Jacob Zuma, “un antiguo héroe ahora misteriosamente hambriento de poder y un absoluto corrupto”, que en su opinión ilustra los “desastres de la gestión de los líderes negros”. En la novela retrata a Zuma durante su juicio real por violación y del que salió inocente, no sin antes dejar perlas como que en la cultura



zulú “la obligación de un hombre es dejar satisfecha a una mujer excitada”.

Votante del Congreso Nacional Africano (ACN), la novelista admite que su “decepción” la obliga a reflexionar si se mantendrá fiel a las siglas en las elecciones de 2014. Gordimer recuerda que con “10 u 11 años” se dio cuenta de que “pertenece a un mundo blanco opresor”. Una noche la policía irrumpió en su casa en busca de alcohol, prohibido a los negros, en la habitación de la criada. Lo que más le dolió a la niña Nadine es que sus padres permitieran a los agentes entrar sin pedir permiso. Con los años, ingresó en el ilegal ACN de Mandela, a quien conoció a finales de los cincuenta. Se le ilumina la cara, surcada de arrugas, cuando pronuncia Mandela o Madiba. Lo admira. En esto hay que decir que no es nada original y se deshace en elogios por su “enorme personalidad y se-

guridad en sí mismo, pero sin vanidad, es una seguridad de ser negro y pertenecer a un grupo que tiene derechos”.

Estando Mandela cumpliendo cadena perpetua, su abogado George Bizos le hizo llegar un ejemplar de La hija de Burger y aquel, en agradecimiento, escribió una carta a Gordimer. Años más tarde, en 1990, cuando salió en libertad, la escritora fue una de las primeras personalidades en reunirse con él.

Cuenta que la última vez que lo vio fue “hace poco más de un año” y ahora desearía que “lo dejaran ir tranquilamente, después de habernos dejado un mundo mejor y habiendo hecho grandes sacrificios”. Otra vez “el maravilloso Bizos” fue su pasaporte a Mandela y los tres tomaron en la mansión de Madiba un “desayuno simple, pero abundante”. El expresidente ya estaba enfermo, con escasa movilidad e interesado en conocer novedades “de antiguos camaradas de la lucha”. Los tres compartieron la “preocupación” por los problemas sudafricanos.

Son estos los mismos retos ante los que sitúa a Juba y Steve, que asisten atónitos a cómo antiguos compañeros se dejan vencer por el dinero y el poder, que se desesperan por la pobreza o el desempleo que azota a los negros, por la epidemia del sida que durante los primeros años de democracia fue banalizada por el Gobierno o por la dicotomía modernidad y tradición tribal. No falta tampoco la llegada de inmigrantes de países africanos a Sudáfrica, víctimas de la xenofobia de los más desfavorecidos de la sociedad, los mismos que sufrieron las injusticias racistas del apartheid. Como tampoco la violencia, de la que la escritora fue víctima. Un ladrón la sorprendió a ella y a su “asistente y amiga” Rebecca hace unos años. “Quería armas, pero solo consiguió un poco de dinero y cuando me arrancó mi anillo de casada y mi reloj, Rebecca rompió a llorar”, recuerda. Fue entonces cuando el joven golpeó brutalmente a la mujer y Gordimer acertó a reprenderle con un “podría ser tu abuela”. Consecuencia del robo son “unas horribles rejas eléctricas” que protegen la vivienda de dos plantas, cuenta resignada.



# Entrevista

Con Mandela, Gordimer comparte haber sido escogida una de los 21 iconos (“odio esa palabra, como si fuéramos una estatua de mármol”, se queja entre risas) sudafricanos, en un proyecto del fotógrafo Adrien Stein. ¿Cómo espera ser recordada? “Jamás pienso en ello. Me gustaría que mis libros continúen leyéndose, aunque ¡cuántos autores han sido olvidados!”. Vuelve la sonrisa a sus labios.

Gordimer nació en 1923 y se crió en una pequeña aldea minera cerca de Johannesburgo, hija de un judío letonio y una asimilada británica. Poca diversión más allá de ir los “sábados a la biblioteca” con su madre y coger prestados libros infantiles o actuar en la compañía de teatro de aficionados. Su estreno literario fue en 1949, con 26 años, con *Face to face*, y dos años después *The New Yorker* le publicó una historia corta. “Tú no decides ser escritora, simplemente naces con un impulso natural que no se aprende en las escuelas. Solo hay un camino, leer, leer, leer para que se despierte el don de la escritura”, subraya.

La lectura o, mejor, la falta de lectura le preocupa. “No hay bibliotecas en las escuelas en Sudáfrica, no sé qué pasa en Europa o España”; y los jóvenes, se lamenta, “prefieren mirar fotos o conectarse a Twitter”. No todos son malos presagios y ella misma se encarga de animarse. “Se continúa publicando, aparecen incluso editoriales valientes y en mi país surgen escritores infantiles en lenguas africanas que pueden ayudar a esa inmensa masa de lectores que son los niños negros que no tienen el inglés como lengua materna”.

Su residencia rezuma literatura y si alguien imagina la casa de un escritor, sin duda encontraría muchos detalles. No quiere fotos en su despacho —“pertenece a mi intimidad”— presidido por un ordenador de pantalla gigante. Continúa escribiendo “un poco” y se niega a dar pistas sobre qué. “Creo que trae mala suerte”, dice sin excusarse. De su obra, dice sentirse especialmente satisfecha de *La hija de Burger* (1979) y *El conservador* (1974), “que trata sobre a quién pertenece la tierra y no hay muchos libros que hablen sobre el tema”. Nada de lo que arrepentirse literariamente.

Escribir y leer, claro. Ahora está entretenida con autores chinos y árabes. “Leo mucha novela, pero me encantan los relatos cortos, como los libros de gente que ha vivido increíbles situaciones, especialmente de mi propio país o continente, África”, detalla mientras palpa la portada de color amarillo chillón de *Suspended revolution* (revolución suspendida). El libro lo firma “el valiente” Adam Habib, el vicerrector de la Universidad de Witwatersrand de Johannesburgo, conocido por no tener pelos en la lengua y que en esta obra reflexiona sobre cómo Sudáfrica ha llegado a esta situación que Gordimer califica de “decepcionante” y anima a las élites a dar un paso al frente para solucionar los problemas. La política, siempre.

Faltan tres meses para el cumpleaños de Gordimer. “No es nada, una casualidad que el cuerpo dure tanto”. Si por ella fuera pasaría una jornada sin más, pero teme que sus “amigos estén tramando algo”. Confiesa que lo que a ella le apetecería es “coger un avión hacia Francia”, donde vive la familia de su hija. Allí, chapurrea el francés, la única lengua extranjera que habla, y es la *ouma* (abuela en afrikáner) porque en inglés, *grandmother*, le disgusta.

«La historia se interesa por las manifestaciones de la libertad humana en relación con el mundo exterior, el tiempo y su dependencia de las causas.» León Tolstói, Guerra y paz.

Esta cita abre la última novela, que ahora se publica en castellano, de la escritora sudafricana Nadine Gordimer. Con **Mejor hoy que mañana** (Editorial Acantilado, 2013) la autora vuelve a mirar a su tierra, y esta vez se centra en la Sudáfrica democrática, la que rescatada del apartheid por Nelson Mandela sigue sin poder desprenderse de ese lastre todavía demasiado terrible y reciente. Gordimer (Springs, 1923) que publicó su primer relato en una revista de Johannesburgo justo después de la Segunda Guerra Mundial, lleva más de sesenta años escribiendo historias cruzadas casi siempre comprometidas y pobladas de sugestivos personajes. Su dilatada trayectoria, en la que ya son catorce las novelas escritas y varios los libros de relatos, se vio recompensada el año 1991 con el Premio Nobel de Literatura.

*«La presentación, en ambos sitios, transcurrió sin más intercambios familiares que una conversación trivial en la que evitaron hablar de política, por miedo a desviar la atención a sus consecuencias: el hombre que había elegido la hija, la mujer que había elegido el hijo y a quienes al menos la ley daba sus bendiciones.»*

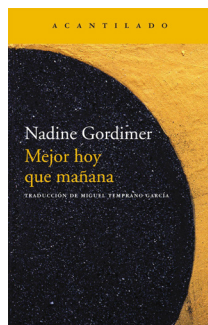
**Mejor hoy que mañana** narra el devenir de una familia mixta de un barrio de Johannesburgo desde los años noventa hasta finales del 2009. Terminado el apartheid, la mayoría de ciudadanos no han visto cumplidas sus esperanzas de un mundo mejor: la democracia y la abolición de la segregación racial no han hecho brotar lo mejor de cada persona, sino que, por el contrario, la corrupción y las desigualdades sociales se han convertido en el nuevo caballo de batalla del país. Sin embargo, la esperanza y la seguridad de que puede construirse un mundo mejor se abren siempre paso entre las líneas de esta novela, la más reciente de una escritora excepcional.

*«Tanto ella como él proceden de una época en la que la familia nuclear no era, y no podía ser, la unidad humana definitoria. Este o aquel joven progenitor y camarada estaba en a cárcel, quién sabía cuándo lo pondrían en libertad, este otro sólo había sido padre en el sentido biológico y se encontraba en algún lugar en otro país aprendiendo técnicas de guerrilla o dedicado al extraño uso encubierto de ese departamento elegantemente convencional de las relaciones entre los países, la diplomacia, para conseguir apoyos con los que derrocar el régimen por medio de las sanciones y no de las armas.»*

Respaldada por la crítica internacional que destaca su prosa nítida, su agudeza narrativa, o la capacidad para indagar en los latidos de un país, Gordimer se pone en esta ocasión en la piel del acomodado matrimonio formado por Steve y Jabu, él blanco y ella negra, para tratar el sentimiento de decepción que el nuevo orden social y democrático les ha provocado: la diferenciación entre las personas ya no es cuestión de color sino de clase. Ellos ya no tienen problemas para reclamar su propia identidad, con independencia de la raza, pero sí para renunciar a su pasado. Por otro lado, la pobreza, el trabajo o la inmigración potencian una ruptura social cada más profunda, hasta el punto de que la xenofobia antes repudiada vuelve a imponerse, ahora entre los más desfavorecidos, aunque sean del mismo color.

# Mejor hoy que mañana

## Nadine Gordimer



Glengrove Place. No es un valle ni hay ningún bosque. Debí de ponerle el nombre algún escocés o inglés en recuerdo del hogar que había dejado atrás, cuando ganó dinero en esta ciudad a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar y entró en el negocio del mercado inmobiliario.

Pero ha sido un lugar. Un sitio donde podían vivir juntos cuando no había dónde hacerlo legalmente. El alquiler del apartamento era caro, al menos para ellos en aquel entonces, pero implicaba cierta complicidad por parte del dueño del edificio y el conserje --nada es gratuito cuando alguien que respeta la ley se arriesga a quebrantarla--. Como inquilino, él tenía uno de esos nombres que parecen ingleses, o al menos europeos,

y no se distinguen de los demás nombres que había en los buzones al lado del ascensor, en la entrada, donde, a falta de bosque, había un cactus decorativo en una maceta. Ella era sólo el añadido "Señora". Estaban casados de verdad, aunque eso también fuera ilegal. En el país vecino, donde ella se había exiliado para estudiar y él era un joven blanco cuya filiación política hacía necesario que se ausentara por un tiempo de la universidad, los dos, ignorando imprudentemente las inevitables consecuencias que tendría cuando volvieran a casa, se habían enamorado y se habían casado.

De vuelta a Sudáfrica, ella se hizo maestra en un colegio privado dirigido por los curas de una orden católica tolerada y al margen de la enseñanza pública segregada, donde podía utilizar su apellido natal sin implicaciones raciales...

*\*Liburuaren zatia*

## ESTEKAK

\* <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gordimer.htm>

\* [https://elpais.com/diario/1991/10/04/cultura/686530810\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1991/10/04/cultura/686530810_850215.html)

\* <https://elcultural.com/Mejor-hoy-que-manana>

\* <https://literafricas.com/2014/04/26/mejor-hoy-que-manana-nadine-gordimer>